

X

La visita

Lorenza no se había equivocado. Un coche, después de haber entrado por la barrera de San Dionisio y seguido en toda su longitud el arrabal del mismo nombre, había dado vuelta entre la puerta y el ángulo formado por la última casa, y seguía el baluarte.

Aquel coche encerraba, como había dicho la sonámbula, al príncipe de Rohán, obispo de Estrasburgo, á quien su impaciencia llevaba, antes de la hora señalada, á ver al mago en su cueva.

El cochero, aguerrido contra la oscuridad, las hoyadas y los peligros de ciertas calles misteriosas por un crecido número de aventuras galantes del buen prelado, no se inquietó en lo más mínimo, cuando, después de haber seguido los baluartes de San Dionisio y San Martín, poblados y alumbrados aún, tuvo que abordar el baluarte desierto y sombrío de la Bastilla.

Paróse el coche en la esquina de la calle de San Claudio, en el mismo baluarte, y, por orden de su amo, fué á ocultarse bajo los árboles á veinte pasos de allí.

Entonces el señor de Rohán, en traje de paisano, se deslizó por la calle y se fué á dar tres golpes á la puerta del hotel que había reconocido fácilmente por

la descripción que de ella le hiciera el conde de Fénix.

Resonó en el patio el paso de Fritz, y se abrió la puerta.

— ¿Vive aquí el señor conde de Fénix? preguntó el príncipe.

— Sí, monseñor, respondió Fritz.

— Bien; anúncieme usted.

— S. Em. el cardenal de Rohán, ¿no es verdad, monseñor?

El príncipe quedó aturdido: echó una mirada sobre sí y en torno suyo, por ver si en su traje ó en lo que le rodeaba podía haber algo que le descubriese. Estaba solo y vestido de seglar.

— ¿Cómo conocéis mi nombre? preguntó.

— En este mismo instante me acaba de decir mi amo que esperaba á V. Em.

— Sí, pero mañana, pasado mañana.

— No, señor; esta noche.

— ¿Le acaba de decir su amo que me aguardaba esta noche?

— Sí, monseñor.

— Bien está; anúncieme usted, dijo el cardenal poniendo un doble luis en la mano de Fritz.

— Entonces, dijo Fritz, tómese V. Em. la molestia de seguirme.

El cardenal hizo una seña afirmativa con la cabeza.

Fritz marchó con paso acelerado hacia la puerta de la antecámara, alumbrada por un gran candelabro de bronce con sus doce bujías.

El cardenal le seguía muy sorprendido y pensativo.

— Amigo mío, dijo parándose á la puerta del salón, sin duda hay en esto alguna equivocación, y en tal caso no querría incomodar al conde; es imposible que

me aguarde esta noche, porque ignoraba que yo debía venir.

— ¿ Monseñor, es efectivamente S. Em. el cardenal príncipe de Rohán, obispo de Estrasburgo ? preguntó Fritz.

— Sí, amigo mío.

— Entonces no cabe duda que es monseñor á quien el conde aguarda.

Y encendiendo sucesivamente las bujías de otros dos candelabros, Fritz se inclinó y salió.

Trascurrieron cinco minutos durante los cuales el cardenal, dominado por una singular emoción, miró los muebles elegantes de aquel salón, y los ocho cuadros de maestros suspendidos á las paredes.

Abrióse la puerta y se presentó en el umbral el conde de Fénix.

— Buenas noches, monseñor, dijo simplemente.

— ¡ Me han dicho que me aguardabais esta noche ! exclamó el cardenal sin responder á esta salutación. Es imposible.

— Dispense monseñor, pues le aguardaba, respondió el conde. Acaso dudáis de la veracidad de mis palabras al ver el recibimiento indigno que le hago; pero, como sólo hace algunos días que he llegado á París, apenas estoy instalado. Así, pues, dignese V. Em. excusarme.

— ¡ Me aguardabais ! ¿ Y quién os ha advertido mi visita ?

— Vos mismo, monseñor.

— ¿ Cómo yo ?

— ¿ No habéis mandado parar vuestro coche en la barrera de San Dionisio ?

— Sí.

— ¿ No habéis llamado á vuestro lacayo, el cual fué á hablar á V. Em. á la portezuela del coche ?

— Sí.

— ¿ No le habéis dicho : Calle de San Claudio, en el Pantano, por el barrio de San Dionisio y el baluarte, palabras que él repitió al cochero ?

— Sí. Pero entonces me habéis visto, me habéis oído.

— Os he visto y os he oído, monseñor.

— Entonces estabais allí.

— No, monseñor, no estaba allí.

— ¿ Pues en dónde estabais ?

— Aquí.

— ¿ Y me habéis visto y oído desde aquí ?

— Sí, monseñor.

— Vamos, os burláis.

— Monseñor olvida que soy brujo.

— ¡ Ah ! es verdad, lo olvidaba, señor... ¿ Cómo debo llamaros ? ¿ señor barón Bálsamo, ó señor conde de Fénix ?

— En mi casa no tengo nombre, monseñor : me llamo el AMO.

— Sí. Es el título hermético. Así, pues, amo, ¿ me aguardabais ?

— Os aguardaba.

— ¿ Y habéis calentado vuestro laboratorio ?

— Mi laboratorio siempre está caliente, monseñor.

— ¿ Y me permitís que entre en él ?

— Tendré el honor de conducir á él á V. Em.

— Y yo os seguiré, pero con una condición.

— ¿Cuál es ?

— Que me permitáis no ponerme personalmente en relación con el diablo, pues tengo mucho miedo á S. M. Lucifer.

— ¡ Oh ! monseñor.

— Sí, de ordinario se toma para hacer el diablo á unos bribonazos de guardias franceses reformados, ó

maestros de armas que, para representar al natural el papel de Satanás, apagan las luces y abruman á las gentes á capirotaños.

— Monseñor, dijo Bálamo sonriendo, mis diablos no olvidan nunca que tienen el honor de habérselas con príncipes, y tienen siempre presente el dicho de Condé, que prometió á uno de ellos, si no estaba quieto, darle una paliza tan buena que tendría que salirse de allí ó conducirse con más urbanidad.

— Bien, dijo el cardenal; eso me encanta; pasemos al laboratorio.

— ¿Quiere V. Em. tomarse la molestia de seguirme?

— Marchemos.

## XI

## El oro

El cardenal de Rohán y Bálamo subieron por una escalera pequeña que conducía paralelamente desde la principal á los salones del primer piso; allí, bajo una bóveda, halló Bálamo una puerta que abrió, y presentándose á los ojos del cardenal un corredor sombrío, entró en él resueltamente.

Bálamo cerró la puerta.

Al ruido que hizo al cerrarse, el cardenal miró detrás de sí con cierta emoción.

— Monseñor, ya hemos llegado, dijo Bálamo; sólo nos falta abrir y cerrar luego que entremos esta última puerta; os advierto que no os admiréis del sonido extraño que hará, porque es de hierro.

El cardenal, á quien el ruido de la primera puerta había hecho temblar, se alegró de haber sido advertido oportunamente, porque el rechinar metálico de los goznes y de la cerradura hubiera hecho vibrar á cualquiera cuyos nervios hubieran sido menos susceptibles que los suyos.

Bajó tres escalones y entró.

Un gran gabinete con vigas desnudas en el techo, una gran lámpara y su traguluz, muchos libros, muchos instrumentos de física y química; tal era el aspecto primero que presentaba este nuevo aposento.

Al cabo de algunos segundos sintió el cardenal que respiraba penosamente.

— ¡Qué quiere decir esto? aquí se ahoga uno; estoy bañado en sudor. ¿Qué ruido es ese?

— Hé aquí la causa, monseñor, como dice Shakspeare, exclamó Bálamo corriendo una gran cortina de amianto, y descubriendo un gran hornillo de ladrillo, en cuyo centro brillaban dos agujeros como los ojos del león en las tinieblas.

Ese hornillo ocupaba el centro de una segunda pieza de doble tamaño que la primera, y que el príncipe no había visto por estar oculta con la cortina de amianto.

— ¡Oh! oh! dijo el príncipe retrocediendo, esto es muy espantoso.

— Es un hornillo, monseñor.

— Sí, sin duda, pero habéis citado á Shakspeare, yo citaré á Molier; hay hornillos de hornillos; éste tiene un aspecto diabólico, y su olor no me agrada: ¿qué es lo que se cuece aquí dentro?

— Lo que V. Em. me ha pedido.

— ¿De veras?

— Sin duda; creo que V. Em. me ha hecho la gracia de aceptar una muestra de mi ciencia. Hasta mañana por la noche no debía haberme puesto á trabajar, puesto que la cita que me hicisteis era para pasado mañana; pero como V. Em. mudó de parecer, apenas le ví en camino para la calle de San Claudio, encendí el hornillo é hice la mixtión, resultando de aquí que dentro de diez minutos tendréis vuestro oro. Permittedme que abra el ventanillo para establecer una corriente de aire.

— ¿Cómo, estos crisoles colocados sobre el hornillo?.....

— Dentro de diez minutos nos darán el oro tan puro

como los cequíes de Venecia y los florines de Toscana.

— Veamos, si es que puede verse.

— Sin duda, sólo que es menester tomar algunas precauciones indispensables.

— ¿Cuáles?

— Aplicad sobre vuestro rostro esta máscara de amianto con los ojos de vidrio, sin lo cual podría suceder que el fuego, que es demasiado activo, os quemara la vista.

— ¡Diantre! esa sería una broma muy pesada; yo aprecio muchos mis ojos, y no los daría por los cien mil escudos que me habéis prometido.

— Eso es lo que yo pensaba, monseñor; los ojos de V. Em. son hermosos y buenos.

El cumplimiento no desagradó al príncipe, demasiado celoso de sus ventajas personales.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó poniéndose la máscara, ¿decís que vamos á ver el oro?

— Así lo espero, monseñor.

— ¿En cantidad de cien mil escudos?

— Sí, señor, y acaso algo más, porque he hecho la mixtión abundante.

— En verdad que sois un hechicero generoso, dijo el príncipe palpitándole el corazón de alegría.

— Menos que V. A. que me lo dice. Ahora os suplico que os separéis un poco, porque voy á abrir el crisol.

Bálamo se puso una camisa corta de amianto, cogió con un brazo vigoroso una palanca de hierro y levantó una cobertera enrojecida por el calor del fuego, la cual dejó descubiertos cuatro crisoles de igual forma, que contenían los unos una mixtura rojiza como bermellón, y los otros una materia blanquecina ya, pero con un resto de transparencia purpurina.

— ¿Y es ese el oro? dijo el prelado á media voz,

como si hubiera temido turbar con una palabra demasiado alta el misterio que se verificaba á su vista.

— Sí, señor; estos cuatro crisoles están colocados por su orden; los unos tienen doce horas de cocción y los otros once. La mixti6n, y este es un secreto que revelo á un amigo de la ciencia, no se arroja en la materia sino en el momento de la ebullici6n. Pero, como V. Em. puede ver, el primer crisol blanquea ya y se puede trasegar la materia que está en su punto. Hacedos atrás, monseñor.

El príncipe obedeci6 con la misma puntualidad que un soldado la orden de su jefe, y Bálsamo, soltando la palanca de hierro ya caliente por el contacto de los crisoles enrojecidos, acerc6 al hornillo una especie de yunque con ruedas, sobre el cual estaban engastados en forma de hierro ocho moldes cilindricos de la misma capacidad.

— ¿Qué es esto, mi querido hechicero? pregunt6 el príncipe.

— Esto, monseñor, es el molde común y uniforme en que voy á colar vuestros rieles.

— ¡Ah! ah! exclam6 el príncipe redoblando su curiosidad.

Bálsamo extendi6 sobre las baldosas una capa de estopas blancas, como por vía de defensa, y colocándose entre el yunque y el hornillo, abri6 un gran libro, recit6 varilla en mano un encanto, despu6s, cogiendo unas tenazas enormes, destinadas  encerrar el crisol en sus retorcidos brazos, exclam6:

— El oro será soberbio, monseñor, y de primera calidad.

— ¿Cómo! pregunt6 el príncipe, ¿vais  levantar esa olla de fuego?

— Que pesa cincuenta libras, sí, señor; ¡oh! pocos

fundidores tienen mis músculos y mi destreza; nada temis.

— Sin embargo, si el crisol reventase....

— Ya me ha sucedido eso una vez, monseñor, en el año de 1399, haciendo un experimento con Nicolás Flamel en su casa de la calle de Escribanos, cerca de la capilla de Santiago. El pobre Flamel estuvo  punto de perder la vista, y yo perdí veintisiete marcos de una sustancia más preciosa que el oro.

— ¿Qué diablo me decís, señor maestro?

— La verdad.

— ¿En 1399 os dedicabais  la gran obra?

— Sí, señor.

— ¿Con Nicolás Flamel?

— Con Nicolás Flamel; hallamos juntos el secreto cincuenta 6 sesenta años antes trabajando con Pedro el Bueno en la ciudad de Pola. No tap6 el crisol con bastante ligereza, y tuve el ojo derecho perdido durante diez 6 doce años por la evaporaci6n.

— ¿Pedro el Bueno?

— El que compuso la famosa obra de la *Margarita Preciosa*, obra que sin duda conocéis.

— S, y que lleva la fecha de 1330.

— Esa misma, monseñor.

— ¿Y habéis conocido  Pedro el Bueno y  Flamel?

— He sido discípulo del uno y maestro del otro.

Y mientras que el cardenal, espantado, se preguntaba si sería aquel hombre el diablo en persona y no uno de sus auxiliares, Bálsamo meti6 en el horno sus tenazas de largos brazos.

La operaci6n no pudo ser más segura y rápida. El alquimista, despu6s de haberse asegurado que tenía bien agarrado el crisol, levantándolo solamente algunas pulgadas, hizo un esfuerzo vigoroso y levant6 la espantosa marmita de su ardiente hornillo: las manos

de las tenazas se enrojecieron al punto; después se vió correr sobre la arcilla candente surcos blancos como relámpagos en una nube sulfurosa; después los bordes del crisol tomaron un color rojo oscuro, al paso que el fondo cónico aparecía aun sonrosado y argentino sobre la penumbra del hornillo; finalmente, el líquido metal, sobre el cual se había formado una crema color violeta, rizada con pliegues de oro, silbó por la gotera del crisol, y cayó en chorros de fuego en el molde negro, en cuyo orificio apareció furioso y espumante el oro que insultaba con su brillo al vil metal que lo contenía.

— Al segundo, dijo Bálamo pasando á otro molde.

Y el segundo molde se llenó con la misma fuerza y la misma destreza.

El sudor bañaba la frente del alquimista, mientras el espectador se persignaba de asombro; en efecto, aquel era un cuadro de un horror salvaje y majestuoso. Bálamo, alumbrado por los rojos reflejos de la llama metálica, se asemejaba á los condenados que Miguel Ángel y Dante sepultan en el fondo de sus calderas.

Además, había en todo aquello la natural emoción de lo desconocido.

Bálamo no respiró entre las dos operaciones; el tiempo urgía.

— Habrá alguna merma, dijo: después de haber llenado el segundo molde he dejado hervir la mixtura una centésima parte de minuto más.

— ¡Una centésima parte de minuto! exclamó el cardenal sin poder disimular su asombro.

— Esto es enorme en hermética, monseñor, replicó ingenuamente Bálamo; pero entretanto mirad dos crisoles vacíos y dos moldes llenos, y cien libras de oro fino.

Y cogiendo con el auxilio de sus poderosas tenazas

el primer molde, le arrojó en el agua, la cual humeó largo tiempo: después lo abrió, y sacó de él un pedazo de oro intachable que tenía la forma de un pilon de azúcar aplastado por los dos polos.

— Tenemos que esperar cerca de una hora para los otros dos crisoles, dijo Bálamo; entretanto, ¿quiere V. Em. sentarse ó respirar el fresco?

— ¿Y es esto oro? preguntó el cardenal sin responder á la pregunta del alquimista.

Bálamo se sonrió y dijo:

— ¿Dudáis, monseñor?

— La ciencia se ha engañado tantas veces...

— No decís todo vuestro pensamiento, príncipe, dijo Bálamo. Creéis que os engaño, y que os engaño á sabiendas. Si así obrase yo, valdría muy poco á mis propios ojos, porque mi ambición no pasaría de las paredes de mi gabinete, viéndoos salir maravillado, para ir á perder vuestra admiración en la casa de cualquier batidor de oro. Vamos, vamos, hacedme más honor, príncipe, y creed que si yo quisiera engañar, sería con más habilidad y con un objeto más elevado. ¿Además sabe V. Em. cómo se prueba el oro?

— Sin duda: con la piedra de toque.

— ¿Vos mismo no habréis dejado de hacer la prueba, aunque no sea más que en las onzas de España, tan codiciadas en el juego por ser del oro más fino que pueda hallarse, pero entre las cuales hay muchas falsas?

— Me ha sucedido eso efectivamente.

— Pues bien, monseñor, aquí tenéis una piedra y ácido.

— No, estoy convencido.

— Monseñor, hacedme el favor de asegurarnos que estas barras son, no solamente de oro, sino de oro sin liga.

El cardenal mostraba al parecer cierta repugnancia á dar esta prueba de incredulidad; y sin embargo era evidente que no estaba convencido.

Bálsamo tocó con su propia mano las barras y sometió el resultado á la experiencia de su huésped.

— Veintiocho quilates, dijo; voy á vaciar las otras dos.

Diez minutos después se mostraban á la vista las doscientas libras de oro en cuatro barras sobre la estopa caliente con el contacto.

— V. Em. ha venido en coche, ¿ no es verdad? Á lo menos en coche le he visto venir.

— Sí.

— Pues podéis mandar arrimar el coche á la puerta, y mi lacayo llevará las barras á él.

— ¡ Cien mil escudos! murmuró el cardenal quitándose su máscara como para ver con sus propios ojos el oro que yacía á sus pies.

— Y ahora, monseñor, bien podréis decir de dónde ha salido ese oro, puesto que lo habéis visto hacer.

— ¡ Oh! sí, podré dar testimonio.

— No, no digáis nada, exclamó vivamente Bálsamo, porque en Francia no quieren á los sabios; no digáis nada, monseñor... ¡ Oh! si yo hiciera teorías en lugar de oro, sería otra cosa.

— Entonces ¿ qué puedo hacer por vos? dijo el príncipe levantando con trabajo una barra de cincuenta libras en sus manos delicadas.

Bálsamo le miró de hito en hito, y sin respeto alguno se echó á reir.

— ¿ Qué hay de risible en lo que os digo? preguntó el cardenal.

— Creo que V. Em. me ofrece sus servicios.

— Sin duda.

— ¿ Y no sería más natural que yo le ofreciese los míos?

La fisonomía del cardenal apareció ceñuda y sombría.

— Me obligáis, señor maestro, dijo, y me apresuro á reconocerlo; sin embargo, si el agradecimiento que os tengo debiera ser más tardío en sus resultados de lo que espero, no aceptaría el servicio, pues hay todavía en París, á Dios gracias, bastantes usureros que pueden prestarme hasta pasado mañana, ó bien por medio de empeño ó por mi firma, cien mil escudos; solo mi anillo episcopal vale cuarenta mil libras.

Y el prelado presentó su mano blanca como la de una mujer, en cuyo dedo anular brillaba un diamante del tamaño de una avellana.

— Príncipe, dijo Bálsamo inclinándose, es imposible que hayáis creído ni por un instante que mi intención ha sido ofenderos.

Y después, como si hablará consigo mismo:

— Es extraño, continuó, que la verdad haga ese efecto á cualquiera que se llame príncipe.

— ¿ Cómo?

— ¡ Eh! sin duda V. Em. me propone sus servicios, y yo pregunto de qué clase pueden ser esos servicios.

— En primer lugar mi valimiento en la corte.

— Monseñor, monseñor, vos mismo sabéis que ese valimiento está ya muy gastado, y casi me sería igual el del señor de Choiseul, que acaso no sea ministro dentro de quince días. En materia de valimiento atengámonos al mío, príncipe. Aquí tenéis oro hermoso y bueno. Siempre que V. Em. quiera más, se servirá avisarme desde la víspera ó en la mañana del mismo día, y le facilitaré todo el que desee, y con el oro se tiene todo, monseñor, ¿ no es verdad?

— No todo, murmuró el cardenal, caído al rango

de protegido y no pensando siquiera en recobrar su posición de protector.

— ¡ Ah ! es verdad. Me olvidaba, dijo Bálamo, de que monseñor deseaba otra cosa que no es oro : un bien más precioso que todas las riquezas del mundo ; pero este no corresponde á la ciencia : es del resorte de la magia. Decid una palabra y reemplazará el mágico al alquimista.

— Gracias, maestro, nada más necesito, nada más deseo, dijo el cardenal tristemente.

Bálamo se aproximó á él.

— Monseñor, dijo, un príncipe de imaginación fogosa, hermoso, rico, que se llama Rohán, no puede dar semejante respuesta á un mágico.

— ¿ Y por qué ?

— Porque el mágico lee en el fondo del corazón, y sabe lo contrario.

— Nada deseo, nada quiero, señor, replicó el cardenal casi espantado.

— Yo creía, por el contrario, que los deseos de Su Eminencia eran tales, que no se atrevía á confesarlos á sí mismo, conociendo que eran deseos de rey.

— Señor, dijo el cardenal temblando, creo que aludís á algunas palabras que ya me habéis dicho delante de la princesa.

— Sí, lo confieso, monseñor.

— Pues bien, entonces estabais equivocado y hoy también lo estáis.

— Olvidáis, monseñor, que veo tan claramente en vuestro corazón lo que pasa en él en este momento, como he visto claramente salir vuestro coche del convento de las Carmelitas de San Dionisio, pasar la barrera, tomar el baluarte y pararse bajo los árboles á cincuenta pasos de mi casa.

— Entonces explicaos y decid algo que me sorprenda.

— Monseñor, los príncipes de vuestra casa han necesitado siempre un amor grande y lleno de aventuras, y no seréis vos quien degenerará de su familia : no por cierto.

— No sé lo que queréis decir, conde, balbuceó el príncipe.

— Tolo lo contrario, me comprendéis perfectamente. Yo hubiera podido tocar muchas cuerdas que vibran en vos ; pero esto sería inútil, y he escogido solamente la que era preciso tocar ; ¡ oh ! estoy seguro de que ésta vibra profundamente.

El cardenal levantó la cabeza, y haciendo el último esfuerzo de desconfianza, consultó las miradas fijas y tranquilas de Bálamo.

Este se sonreía con tal expresión de superioridad que el cardenal bajó los ojos.

— ¡ Oh ! tenéis razón, monseñor, tenéis razón : no me miréis, porque veo más claramente lo que pasa en vuestro corazón, porque vuestro corazón es como un espejo que guardase la forma de los objetos que ha reflejado.

— Silencio, conde de Fénix, silencio, dijo el cardenal subyugado.

— Sí, tenéis razón, silencio, porque no ha llegado todavía el momento de dejar ver semejante amor.

— ¿ Habéis dicho todavía no ?

— Todavía no.

— ¿ Luego ese amor tiene su porvenir ?

— ¿ Por qué no ?

— ¿ Y podríais decirme si ese amor es insensato, como yo mismo he creído, como creo todavía y creeré hasta el momento en que me presenten una prueba en contrario ?



— Mucho pedís, monseñor; nada puedo decir sin ponerme antes en contacto con la persona que os inspira ese amor ó con cualquier objeto que le pertenezca.

— ¿Y qué objeto sería preciso para eso?

— Una trenza de sus hermosos cabellos dorados por pequeña que sea.

— ¡Oh! sí, sois un hombre profundo! sí, lo habéis dicho: leéis en los corazones como yo leo en un libro.

— ¡Ay! eso es lo que me decía el pobre hermano de vuestro bisabuelo, el caballero Luis de Rohán, cuando me despedí de él en la plataforma de la Bastilla, al pie del cadalso al que subió con tanto valor.

— ¿Os dijo eso... que erais un hombre profundo?

— Y que leía en los corazones. Sí, porque yo le había pronosticado que el caballero de Preault le vendería. No quiso creerme, y el caballero de Preault le vendió.

— ¿Qué singular relación encontráis entre mi antepasado y yo? dijo el cardenal palideciendo á pesar suyo.

— Es solamente para recordaros que se trata de ser prudente al proporcionaros cabellos que será preciso cortar debajo de una corona.

— No importa saber dónde será preciso ir á tomarlos: vos los tendréis, señor.

— Bien, ahora tomad vuestro oro, monseñor: espero que no dudaréis ya de que esto es oro.

— Dadme una pluma y papel.

— ¿Para qué, monseñor?

— Para haceros un recibo de cien mil escudos que me prestáis tan generosamente.

— ¿Y pensáis en eso, monseñor? Un recibo ¿para qué?

— Yo tomo prestado con frecuencia, mi querido

conde, dijo el cardenal; pero os advierto que jamás recibo nada regalado.

— Como gustéis, mi querido príncipe.

El cardenal tomó una pluma de encima de la mesa y escribió con una letra enorme y poco legible un recibo, cuya ortografía espantaría á la ama de un sacristán de hoy.

— ¿Está bien así? preguntó presentándolo á Bál-samo.

— Perfectamente, replicó el conde, guardáudose en el bolsillo, sin mirarlo siquiera.

— ¿No leéis, señor?

— Tengo la palabra de V. Em., y la palabra de los Rohán vale más que una prenda.

— Señor conde de Fénix, dijo el cardenal haciendo un medio saludo muy significativo por parte de un hombre de su carácter, sois un hombre muy galante, y ya que no puedo hacer nada por vos, contad con mi eterno agradecimiento.

Bál-samo hizo una reverencia á su vez y tocó una campanilla, á cuyo ruido se presentó Fritz.

El conde le dijo algunas palabras en alemán.

Fritz se bajó, y como un niño que cogiera ocho naranjas, algo embarazado, pero no encorvado ni perezoso, levantó las ocho barras de oro con sus cubiertas de estopa.

— Este mozo es un Hércules, dijo el cardenal

— Es bastante fuerte, sí, señor, respondió Bál-samo; verdad es que desde que está á mi servicio le dejo beber todas las mañanas tres gotas de un elixir compuesto por mi sabio amigo el doctor Althotas; así es que ya principia á manifestar su aprovechamiento; dentro de un año llevará los cien marcos en una sola mano.

— ¡Maravilloso, incomprendible! exclamó el car-

denal. ¡ Oh ! no podré resistir al deseo de hablar de todo esto.

— Haced lo que gustéis, monseñor, respondió Bál-samo riendo ; pero no olvidéis que hablar de esto es contraer el compromiso de venir á apagar vos mismo la llama de mi hoguera, si por casualidad cae el Parlamento en la tentación de hacerme tostar en la plaza de Greve.

Y habiendo acompañado á su ilustre visitador hasta la puerta cochera, se despidió de él con un saludo respetuoso.

— No veo á vuestro criado, dijo el cardenal.

— Ha ido á llevar el oro á vuestro coche, monseñor.

— ¿ Sabe dónde está ?

— Debajo del cuarto árbol, á la derecha, volviendo el baluarte : eso es lo que yo te decía en alemán.

El cardenal levantó las manos al cielo y desapareció en la sombra.

Bál-samó esperó que volviese Fritz, y volvió á subir á su habitación cerrando todas las puertas.

## XII

## El elixir de la vida

Apenas quedó Bál-samo solo, se dirigió á la puerta de la estancia de Lorenza.

Dormía con un sueño igual y dulce.

Entreabrió entonces un postiguillo fijado por la parte de afuera, y la contempló breve rato en un dulce y tierno éxtasis. Después, cerrando el postiguillo y atravesando el aposento que hemos descrito, y que separaba la habitación de Lorenza del gabinete del físico, se apresuró á ir á apagar sus hornillos, abriendo un inmenso conducto que desprendió todo el calor por la chimenea, y dió paso al agua de un receptáculo que había en la azotea.

Guardando después cuidadosamente en una cartera de tafete negro el recibo del cardenal, dijo :

— La palabra de los Rohán es buena, pero para mí solamente, y conviene el que se sepa allá bajo en qué se emplea el oro de los hermanos.

Estas palabras se extinguían en sus labios, cuando tres golpes secos dados en el techo le hicieron levantar la cabeza.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! dijo, Althotas me llama.

Y como continuase su tarea de ventilar el laboratorio, colocar cada cosa en su sitio y poner la plancha sobre los ladrillos, redoblaron los golpes con más fuerza.